

EL ESTILETE FLUENTE

Naturalezas vivas

SOFREN
PENÁLVER

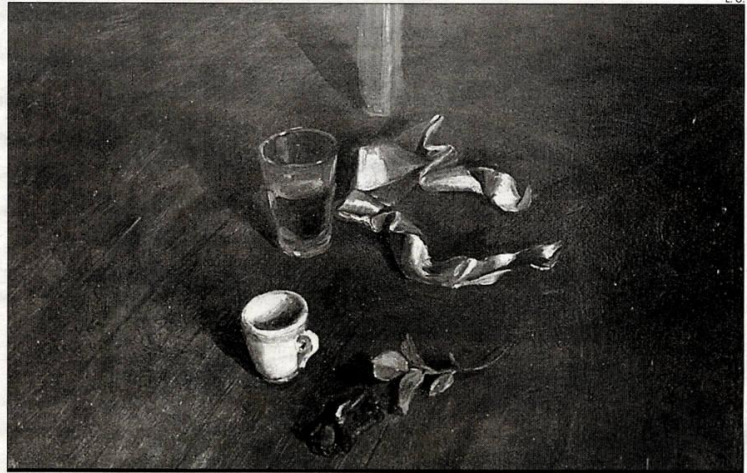
Los bodegones, desde siempre, han ejercido una fuerte atracción para mí, como amante del arte en la clasicidad e, incluso, en la vanguardia pictórica. He escrito algún texto sobre bodegones, sobre este motivo hermoso y recurrente, atraído por la luz frutal y las formas de algunos objetos, enmarcados en la sombra de fondo. Tuve el asesoramiento sabio de alguien que, entonces (yo era muy joven), era un reconocido caravagiano: Alfonso E. Pérez Sánchez, el querido y admirado Alfonso, personalidad tan indivisible del Museo del Prado y, aunque en la distancia, tan indivisible de nuestro Museo del Prado.

Un acontecimiento placentero y estético es la exposición que el Museo Ramón Gaya inauguró el pasado 20 de mayo, 'El bodegón en Murcia'. 1920-1965' (hasta el 20 de agosto de 2008), con una introducción, bella y documentada, cuyo título sugiere la profundidad y amplitud del tema:

'El bodegón: Génesis y consecuencias'. Su autor, José Julián Buigues, experto en antigüedades y estudioso y buen conocedor del arte de la pintura, nos lleva de Francisco Pacheco y su 'Arte de la pintura' a Picasso ("Picasso pinta sus bodegones haciendo síntesis de una síntesis"), en un alarde maravilloso expositivo de las épocas y sus artistas, desde el siglo XVI a la actualidad.

La exposición 'El bodegón en Murcia' es un acontecimiento placentero y estético

La muestra de los bodegones es escogida: óleos de Gómez Cano, Juan Bonafé, Mariano Ballester, Hernán Carpe, Luis Gary, Muñoz Barberán, Pedro Flores, Joaquín, Molina Sánchez, Aurelio, Sofía Morales y Ramón Gaya. Algunas de estas pinturas (todas ellas, óleos) son verdaderas obras maestras de la pintura universal y de todo tiempo. Sin excluir a los restantes, los cuadros titulados 'La botella' y 'Bodegón con retrato' de Bona-



Una de las obras de Ramón Gaya, 'La cinta'

fé, 'Bodegón con cafetera' de Joaquín, 'Higos, melocotones y uvas' y el bellissimo óleo 'La cinta' de Ramón Gaya, pueden acaparar toda nuestra atención y tiempo dispuesto a la belleza.

Escribía el gran Moshe Barasch, en su obra de mayor mérito, 'Theories of art: From Plato to Winckelmann', que San Bernardo era un poeta antes que un teólogo, un hombre que amaba,

sentía el arte, y por tanto, tenía que rechazarlo como algo peligroso. La cita, verdaderamente procede de Panofsky: "San Bernardo censuraba el arte, no porque fuera insensible a sus encantos, sino porque lo sentía demasiado profundamente como para no considerarlo peligroso".

Contemplando estos óleos, plenos de elegancia, colorido, sensualidad y equilibrio, no he-

mos podido evitar traer a la memoria a aquel poeta jocosos y armoniosamente feliz que fue Baltasar de Alcázar, cantor de la comida y la bebida, del gozo de vivir en su siglo (el XVI). Los bodegones del poeta castellano comenzaron siendo reales. Él, su Inés y la celebrada morcilla, pasaron en el bodegón poético a la inmortalidad gráfica de la literatura.

LITERATURA

Pureza Canelo, 'Dulce nadie'

FRANCISCO
JAVIER DíEZ DE
REVENGA

No es frecuente hallar un libro de poesía como el que acaba de publicar Pureza Canelo (Moraleja, Cáceres, 1946) con el título de 'Dulce nadie', editado, en Madrid, por Hiperión. No es habitual encontrar un poemario tan original en su forma y en sus contenidos, ya que Pureza Canelo trae en esta nueva entrega de su poesía una visión de su mundo interior absolutamente personal, que conforma, para ser transmitida a su lector, en espacios poéticos muy singulares. Desde el punto de vista estilístico, hay que mostrar en primer lugar la sorpresa que supone esta nueva lengua poética tan depurada, tan decantada y, al mismo tiempo, tan precisa, porque lo que consigue Pureza, con su desnudez formal, es otorgar a cada sustantivo, a cada adjetivo y a cada verbo una poderosa fuerza expresiva, y superar, en su laconismo constante, cualquier tentación de recargamiento o de brillante y fácil facundia.

Es muy difícil usar la palabra,

en castellano, como la utiliza nuestra poeta, y otorgar a cada término una fuerza expresiva tan extraordinaria. El lector habituado a leer la poesía actual, lo advertirá enseguida, cuando compruebe las presiones y tensiones a que la escritora somete a cada una de sus palabras. Sólo hay que leer el título para advertir este esfuerzo psicológico de enriquecimiento de la palabra que va a caracterizar a todo el libro: dulce nadie. El sustantivo nadie, por primera vez, recibiendo un adjetivo del campo semántico de la sensorialidad, en este caso concreto, del gusto. Asociaciones de este tipo, inesperadas, repentinas, sorprendentes, las hay constantemente en todo el libro.

Indagamos el propósito de estos misterios formales, y advertimos que son la cobertura de un excelente poemario de soledad y de desamor, de añoranza y de elegía hacia el ser más entrañable, la madre, protagonista de gran parte del volumen. Acude Pureza Canelo a sus propias raíces, a un tiempo anterior a su existencia para inquirirse ya sobre su destino, y advierte, desde el momento presente, cuánto el mundo le ha dado y le ha restado, cuánto ha perseguido y conseguido, sin llegar a un ba-

lance gozoso, sino exigente y severamente censor de una existencia plena pero dura, una existencia donde se entrecruzan comportamientos ignaros, convivencias utilitarias y aprovechadas, actitudes falaces, mundo adverso del que hay que partir hacia refugios ansiados, inexistentes, imposibles.

La altura de su reflexión está dominada por su pendencia constante de despreciar lo despreciable

El dramatismo de este libro de Pureza Canelo es muy elevado, y la altura de su reflexión está dominada por su pendencia constante por despreciar lo despreciable, mientras la ausencia materna marca el ansia de fusión telúrica, más allá del mundo y de la muerte. La supervivencia se halla entonces en la palabra decantada, en la palabra reducida en el que refugiarse, pero donde no ha de entrar, dada su estrechez y su precisión, nadie. Pureza Canelo halla el reencuentro en una plenitud ansiada desde las limitaciones hu-

manas de este mundo, deseada con ardor palabra tras palabra.

Existe en el poemario también un constante huir de la forma, de la palabra, del verso brillante, de la retórica superficial, para, en una acción metapoética constante, lograr con una lengua y un estilo nuevos, superar lo manido, lo repetido, lo que sobra. Parece como si cada poema quisiera deshacerse, desaparecer en su propia construcción poética, liberarse de los elementos que lo pueden hacer superficial y mostrar sólo lo profundo de la intención, la expresión de lo más íntimo.

En un volumen aparecido estos mismos días, 'Poética y poesía', que ha editado la Fundación Juan March, Pureza Canelo, en contra de su costumbre, ha hablado de un libro suyo y ha dicho a sus lectores cuál es la intención de 'Dulce nadie', cuál el propósito, cuáles los objetivos: "Salir es la contraseña. Irse a un más allá desde el que canto, veo y alcanzo en rincones de transparencia una nueva distancia para abandonar todo lo que fui, para ser sólo acompañada por la ausencia más amada, la de mi madre, con la que me fundo en onda telúrica y final, como único reducto de salvación. Desreimiento, desposesión, huida casi

feliz y en libertad se cumplen a solas y sin sacrificio, como una deseada traslación hacia otra plenitud que finalmente se encuentra, se roza o se intuye. Desde estos años de madurez de vida y creación no encuentro otra manera de supervivencia. Tiempo. Nadie. Nada. Madre sí".

En la portada del libro 'Dulce nadie', figura un dibujo de la propia Pureza en el podemos ver cuatro círculos concéntricos poblados por unos enigmáticos puntos que se aglutinan en torno a un punto central. Sin duda, es una buena representación de la poesía que contiene el libro, poesía concéntrica, circular, que busca su origen y su principio, la desnudez del nacimiento, del comienzo, para lo que es tan útil ese constante ejercicio de decantación, de desnudez, de claridad y de plenitud de la palabra poética, como intentara el propio Juan Ramón Jiménez, homejeado con el color amarillo de la cubierta de ambos libros de Pureza, publicados simultáneamente. Poesía esencial, desnuda, depurada, entregada a la compañía de nadie y de nada, más allá de este mundo, más allá de esta vida y de este cuerpo, intuyente y deseante de un lugar aparte de la propia existencia.